

La fe cristiana y su aporte a la Ética en Nicaragua

José Miguel Torres Pérez

INTRODUCCIÓN

a. Indudablemente no se le puede negar a la religión estar en el origen de los valores éticos de la humanidad. No podemos obviar que los valores éticos son frutos también de esa historia que surgió influida por el pensamiento religioso. A manera de ejemplo inicial. En el caso del Zend-Avesta, libro Sagrado de Mazdeísmo se presentan a los dioses en eterna lucha y pugna. Está Abum-Mazda que es el Sabio, Señor, Dios Supremo creador y conservador del mundo, principio del bien, la verdad y la justicia, al cual se opone Angra-Mainyu que es el Espíritu destructor que preside las fuerzas del mal. Ahora del hecho de que el hombre puede y debe participar en ésta lucha y hacer opción con su vida por el bien surge allí la noción de la responsabilidad social. Esta misma incidencia del hecho religioso en los valores éticos se puede percibir en otras culturas incluidas las precolombinas y nicaragüense en nuestro caso.

b. Antes de proseguir queremos definir etimológicamente el origen de la palabra ética y describir su conformación a la luz de la historia de la cultura y su comprensión interdisciplinaria.

La ética es una ciencia normativa de la actividad humana en orden al deber y bien.

1. Es la parte de la filosofía que estudia el porqué y causa de las obligaciones de las personas más aún el fundamento de las obligaciones y la naturaleza de la conciencia responsable.

2. Ethos y Ética. La ética viene de una raíz griega el Ethos. En el sentido de la anterior definición, el Ethos es la base de toda ética porque la ética no parte de una reflexión racional abstracta, sino más bien del tejido de la vida, de las costumbres, de lo que tiende a prevalecer.

El Ethos es como el elemento básico de la cultura, el fondo de donde proceden las normas y valores; de allí proceden el conjunto de modos de actuar que se transmiten espontáneamente y se expresan en dichos, proverbios, sentencias de la sabiduría popular en símbolos y mitos. No siempre estas expresiones se conceptualizan o se racionalizan, aunque si conforman una especie de organización inconsciente de un grupo o sociedad.

De este Ethos, la ética estudia sus principios generales y filosóficos. Por ello la reflexión ética, la enseñanza de la ética se inspira en el Ethos que es lo evidente en la conducta social, es lo que hace la unidad de la cultura lo que mantiene unida la sociedad e integra todos los elementos en su conjunto.

El Ethos además de usos, costumbres y modos de vivir de un grupo étnico, equivale también a morada, o residencia conlleva la idea de marca indeleble que significa carácter y modo de ser. Esta última noción del Ethos como marca indeleble articula la expresión del génesis de imagen y semejanza como huella de Dios en el ser de la criatura.

Por ello la ética nos dirá como tratar y comportarnos con los demás a la luz de criterios de comportamiento y valores que el hombre debe reconocer y más aún como valorar la dignidad del ser hombre y mujeres y por tanto como ser capaces de respetar la vida en tanto que continuidad de la vida de Dios en el hombre entramos así al campo de la teología y la ética.

La teología y su relación con la Ética

3. La teología como una reflexión desde la fe sobre la experiencia y la praxis social. Reconoce la existencia de normas y leyes en la naturaleza, en el universo, en la vida cotidiana y afirma a demás, que no estamos a merced de fuerzas ciegas automáticas que gobiernan el mundo, sino que hay un plan de Dios, su querer, la divina epigénesis de una mente creadora, ordenadora y sustentadora, la mente de Dios. Pero si bien están claras las leyes de la naturaleza, pareciera ser que la injusta distribución de riquezas, la contaminación y la destrucción de la vida evidencian leyes no claras entre las relaciones de los seres humanos.

Según Bunhoeffer aunque el hombre puede vivir como si Dios no existiera y Dostowiesky decía que si Dios no existe todo está permitido. La teología bíblica afirma que hay leyes expuestas por Dios en el corazón del hombre y en la conciencia de la humanidad. Estas leyes o valores éticos deben de tener algún denominador común – cuál es? ¿Cuáles son esos valores que compartimos todas las culturas? ¿A qué valores nos referimos? Ante estas preguntas la Teología se ilumina con el testimonio bíblico, no a partir de casos aislados que expresan situaciones culturales particulares sino a partir de la totalidad de la Escritura.

4. *La Ética cristiana nos desafía a invertir en la construcción de un hombre como proyecto, pero un hombre que sea a imagen y semejanza del Dios que en Jesús se hizo a imagen y semejanza de nosotros.*

a. Para la teología toda ética cristiana descansa en la acción de Dios en la historia, acción que es liberadora, redentora, sanadora y reconciliadora. Esta acción de Dios en la vida humana se manifestó de múltiples maneras pero culminó como la Encarnación del verbo eterno de Dios en Jesucristo. Por ello es que el vivir en Cristo es el fundamento de la ética cristiana y de toda la vida o sea que la vida es rehecha cuando Cristo entra en ella y El es el factor determinante. Por ello toda ética en el plano de lo personal y social debe expresar esa vida de Cristo en nosotros. Entonces la vida cristiana es vida en Cristo

b. La afirmación bíblica de que el hombre es creado a la imagen y semejanza de Dios, es la base para afirmar la dignidad humana, dignidad conferida por la creación de Dios en la que descansan a su vez todos los derechos humanos fundamentales. Esa dignidad es lo que convierte al hombre en hombre –por ello esa imagen y semejanza es naturaleza y destino del hombre sobre la tierra, ella misma es lo que constituye al hombre como persona con sus relaciones vitales consigo mismo, con los demás y con el fondo de su ser: Dios.

Estos conceptos antropológicos expresados en clave teológica tienen implicaciones enormes en la ética.

□ Implica que solo en la búsqueda y correspondencia del hombre con su creador y redentor alcanza la criatura su realización humana –recordando que el Dios creador se hizo hombre a nuestra imagen y semejanza y desde entonces toda la vida humana adquiere significado trascendente.

□ Significa que cada hombre como persona es un sacramento que no puede ser irrespetado, violado asesinado.

□ Significa también que este Dios intra-trinitario que da imagen y semejanza a su criatura imprime esas características de igualdad, comunión, solidaridad, verdad, justicia, libertad etc, que son las raíces y fundamentos de los valores que nos dan calidad de vida, sentido y distinción.

I. El Cristianismo en Nicaragua como parte del Ethos

En Nicaragua, el cristianismo es un componente sociológico insoslayable y no se puede obviar que ha puesto gérmenes organizativos en las infraestructuras básicas de la sociedad. Para Pablo Antonio Cuadra somos como pueblo y nación en formación un fruto de la Iglesia Católica. Muchos de sus valores, normas, ritos, símbolo e instituciones se han internalizado en la conciencia popular pasando a integrar el núcleo mismo del Ethos socio-cultural del país. Marx hablaba “de la solidez de las creencias populares” para bien y para mal la religión cristiana en su concreción histórica en Nicaragua ha sido la óptica desde la

cual una buena parte de los sectores mayoritarios han interpretado el mundo que a veces ha significado el sostén, la regulación, legitimación y reproducción de estructuras opresoras. En otros momentos de desbloqueo ideológico-teológico de la internalización de esa ideología del sistema fue posible un rearme una reconstrucción y encauzamiento de la movilización popular venciendo el vacío de vida comunitaria que siempre fue caldo de cultivo de individualismo egoísta que impidió el funcionamiento de la democracia y la responsabilidad colectiva.

II. En Nicaragua se percibe también la crisis de valores éticos

En Nicaragua ya se reafirma comúnmente que atravesamos una crisis muy profunda, los diagnósticos y las interpretaciones múltiples parecen coincidir interdisciplinariamente de que hay consenso en la complejidad, añadiéndose que la presente situación de deterioro no tiene precedente similares, todo intento de solución es bloqueado, incluidos las soluciones más imaginativas, novedosas o audaces. Casi llegamos al temor paralizante en cuanto a diseñar caminos que nos puedan llevar a soluciones ya que las construcciones o presupuestos ideológicos teóricos probados, también están en crisis. Lo único claro es que esta crisis es una situación en la totalidad de la vida misma, no solo es económica, no solo social, ni solo política, cultural, ni solo ética, es la convergencia de todo ello y más que la simple suma de sus partes. Hay ausencia e verdaderos fundamentos éticos, en los actores sociales y en los sectores sociales hay una constante fragmentación, desarticulación, desintegración, no comunicación, exclusiones mutuas en los movimientos y como trasfondo el empobrecimiento galopante que aumenta los conflictos y la imposibilidad de respuestas constructivas.

Es un panorama desolador en el que tenemos que revisar cada una de nuestras propias vidas y su consistencia, su naturaleza, su sentido más profundo, obligándonos a un viaje al encuentro con nosotros, revisar aún nuestras convicciones espirituales, vocación humana y la naturaleza de nuestra conversión. La pregunta teológica será ¿cuáles son los cimientos que están fallando? Como los podemos reedificar ¿cómo construir la comunidad del cuerpo de Cristo en esta situación más allá de los afanes proselitistas numéricos, más allá del reclutamiento de multitudes que solo reeditan la cristianidad que destruyó el evangelio e impidió por milenios la vivencia de amor cristiano o de la ética cristiana en las palabras de nuestro tema.

La ausencia de Dios en la pérdida de la conciencia ética

Para la teología la pérdida de una conciencia ética y más aún de una ética cristiana revela, refleja o acusa un olvido y ausencia de Dios. Por ello el cristiano como aquel que quiere construir su vida sobre la acción de Dios como base y fundamento de su actuar ético tiene que saber que él no es mejor que otro. Que no tiene respuesta de solución en todos los problemas y sobre todo recordar siempre que jamás nos podemos predicar a nosotros mismos sino solo a Jesucristo, él es la vida que apuntamos, él es el camino que señalamos, él es la verdad por la cual apostamos.

Tampoco podemos tener una noción ingenua del mal, ni del pecado humano. Tenemos que encarar nuestro pecado personal y social y ver que la humanidad llega a un agotamiento y cansancio en todos los órdenes. Estamos ante el desarrollo de un suicidio espiritual que nos lleva al suicidio material ya evidente en el desmantelamiento del planeta.

En el interior del corazón del hombre no se producen los progresos y transformaciones que se ven en otras dimensiones de la vida, hay una extraña tendencia a reeditar los males y vicios que combatimos conceptualmente, reproducimos errores y males, sabemos que es ser justos y no lo somos, sabemos la verdad y mentimos o la ocultamos y no es problema de educación o carencia de bienes materiales, o falta de razón, sino de perversión de la voluntad. No podemos obviar una presencia de elementos perturbación, destrucción y muerte practicados con harto refinamiento que nos corrompe y nos infecta y nos coloca como correos de transmisión para ser víctimas de una maquinaria y circunstancias incontrolables y aplastantes, fuerzas sofisticadas de maldad que nos conducen a nuestro propio infierno. Constatamos el alcance de muchos males y los hacemos incluido el contacto con el poder y la riqueza que nos terminan perdiendo para las mejores causas, para nosotros mismos, una autosuficiencia nos ciega, una arrogancia y soberbia nos seduce a concupiscencia y felicidades prohibidas que salen de lo profundo de nosotros mismos.

El olvido de la fraternidad, el deterioro de la moral, el envilecimiento, el hedonismo, el consumismo nos llevan a traicionar lo más constitutivo de nuestras vidas. Ya no sabemos ni como lograr revertir ésta dinámica en donde un mal nos lleva a otro, siendo ésta una característica del pecado.

Apenas visualizamos que necesitamos una regeneración ética y moral. Pero el problema es que el pecado va más allá de lo moral, ya que no son solo actos de nuestra vida sino que toda nuestra existencia está invadida, toda nuestra personalidad está involucrada en la pérdida de dirección. Sufrimos las consecuencias autodestructivas a la raíz de nuestra vida. Es un sino y es una culpa desde el principio de nuestro ser personal. Hay una recóndita hostilidad que causa una recóndita agresividad hacia el otro o hacia los demás, llegamos a sentir agrado en la desgracia aun de nuestros mejores amigos. Eso significa que el pecado abunda, informados como estamos vivimos ignorando la dolorosa condición de otros, nos auto despreciamos, no somos capaces de amarnos con un amor misericordioso y por ello no podemos amar a los demás. Hay una tendencia a la crueldad para los demás que refleja el instinto a nuestra autodestrucción tan fuerte como el instinto de la conservación.

Es una lucha entre la voluntad consciente y la voluntad real, San Pablo decía: “No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero”, eso algo que parte nuestro ser en la intimidad, la Biblia lo llama pecado, nos lleva a alienarnos de la finalidad de nuestra vida. Nos separa del misterio y profundidad de la grandeza de nuestra existencia, desde el fondo de nuestro ser nos es pedido una conversión radical, total e incondicional y la rechazamos y nos revelamos contra ello, pero no nos podemos escabullir porque estamos ligados por toda la eternidad.

Y es allí que experimentamos entonces la gracia como perdón de las flaquezas humanas, como benevolencia hacia la hostilidad y destructividad que nos separa de Dios, de los demás y de la naturaleza.

“Pero si abundó el pecado”, la Biblia afirma que “sobre abundó la gracia” y es entonces que experimentamos la invasión de la Gracia como perdón total y regeneración de nuestra naturaleza pecaminosa, pero también como benevolencia a nuestras flaquezas humanas, como lavacro de la crueldad y auto destructividad que radica en nosotros y allí nos sabemos perdonados y solo el que se sabe perdonado tiene posibilidades de arrepentimiento y redención. San Pablo en sus palabras dice que “si abunda el pecado la gracia sobrepuja”, esa alienación ese extrañamiento, esa separación múltiple en que hemos vivido, la gracia transforma el sino en destino significativo y cambia la culpa en confianza. Por ello en el Evangelio Jesús antes de decir: “levántate toma tu lecho y anda”, dice: “tus pecados te son perdonados”, porque el perdón en la profundidad de lo espiritual desata mecanismos, genera rupturas que liberan fuerzas todo transformadoras.

Pero que significa esto para la acción ética de nuestras vidas como cristianos, quien es este Jesucristo que vive, murió y resucitó y vuelve al final de los tiempos. En primer lugar es el Encarnado, el que se hizo pecado por nuestra justicia, eso implica que solo le encontramos allí en el mundo que amó y quiere salvar. No hay lugar para cristianos retirados piadosamente del mundo como escenario de la acción de Dios, ni pureza que sea separación de lo humano ya que Dios ha hecho al mundo objeto de su amor, su propia morada y la vida cristiana tendrá que recordarle al mundo que este, solo encuentra su verdadero ser en Jesucristo. Encarnados, identificados en la situación humana es nuestra conducta que ha de brotar del amor que Dios tiene al mundo.

En segundo lugar Jesucristo es el crucificado, el que dio su vida en rescate, el que derramó su sangre del nuevo pacto. Ese es nuestra vida, es el rechazado de este mundo y el que cambia ese rechazo y lo convierte en nuestro perdón, el que invierte el juicio y se declara así mismo culpable y carga la culpa del mundo, de una forma que sobrepasa nuestro entendimiento.

El que a la ausencia de Dios en el hombre responde con su presencia, al odio del mundo contesta con su amor, al pecado de la humanidad, contesta con su santidad porque ningún mal es un abismo que esté fuera de su alcance y tenemos que aprender a vivir de ese perdón y a veces nos desgastamos en justificaciones y racionalizaciones ante el tribunal de nuestra conciencia de la sociedad y de Dios llegando hasta lo neurótico porque queremos componer una auto imagen ideal y nos olvidamos que Cristo en la cruz aceptó al hombre real que somos y no tenemos que ser hipócritas, ni pretender hasta la compulsión querer ser más ideal, sino vivir del perdón y de su misericordia, sino reconocernos un gran pecador pero que ha sido perdonado. Para la acción ética debo saber que soy aceptado de antemano a pesar de las acciones de pecado en que me envuelvo inevitablemente. No tengo que esperar un perfeccionamiento imposible, ni estar paralizado por escrupulosidades interiores, sino vivir de la justificación por la fe, presuponiendo que en todas las áreas donde se toman decisiones hay riesgos del pecado, y no debo de caer en la falacia de creer que puedo hacer acciones moralmente perfectas y enjuiciar fariseamente las acciones de los demás porque se oponen a nuestra manera de ver las cosas.

El que vive en mi, es el resucitado, El intercede por nosotros, nos incorpora a la comunidad de los que reconocen su señorío, la comunidad que le recuerda al mundo su ser reconciliado. Es la iglesia que prolonga el misterio de la encarnación, el misterio del sufrimiento de la crucifixión y que pregusta la resurrección. Por ello tiene que buscar los valores del Reino de Dios porque ya ha resucitado con Cristo y la consecuencia que sacamos aquí, es que debemos ser lo que ya somos en Dios. Ya estamos incorporados a la vida del Reino y tenemos que explicitar las consecuencias de esa incorporación.

Por ello nos es dado el Espíritu Santo como anticipo de las promesas de la gloria eterna, pero ese Espíritu nos recuerda y nos devuelve constantemente a la realidad de una encarnación por amor al mundo y de ello conlleva una lealtad a una persona y una obediencia, lealtad que se concretan, se encarna en la participación de la iglesia.

Por último el Jesucristo que quiere vivir en nosotros, quien es nuestra vida, ha prometido volver al final del tiempo, cuando el triunfo de la Gracia sea final, cuando lo que tuvo comienzo en su creación, en su elección de un pueblo en la encarnación, muerte y resurrección, tendrá su culminación –cuando llega la respuesta total y ultima a la oración de Jesús: Venga tu Reino, sea hecha su voluntad en la tierra como en el cielo”. Y no se trata de una ociosa especulación, sobre fecha y de su retorno, si no de la seguridad de que siempre estaremos en el acto penúltimo del drama divino-humano que siempre en nuestra peregrinación haba algo incompleto e inseguro y de que sobre la tierra no hay lugar definitivo. Pero esa anticipación del Reino de Dios nos recordará que el mundo no puede ser autónomo independiente del cuidado divino, sino que día a día depende de su cuido y misericordia. Pero conociendo lo ultimo y esperándolo nuestra ética será siempre preliminar, para el hoy, será una ética de la obediencia pero que se somete a juicio más alto del Reino de Dios, habrá por ello un desafío a la sociedad humana y una promesa para la renovación de toda situación incluso de la revolución técnica científica y social de presente que es el desafío que nos viene del reino de Dios.

Estamos en esta época de búsqueda de esa presencia de Dios en Jesucristo como matriz espiritual y fundamentación, ya antes la Iglesia cristiana se abocó a buscar en las fuentes fundantes del Evangelio los fundamentos para la acción ética en el compromiso social y político. Guardando las distancias y después de todo lo vivido y aprendido, volvemos a retomar el camino, sabemos que tenemos que convertirnos más y más a Jesucristo, aún como creyentes, aún como pueblo de Dios, somos llamados a buscar donde hemos caído, a volver al prime amor según leemos en el Apocalipsis donde el Señor le habla a la Iglesia de la odiseas o en el Antiguo Testamento (II Cónicas 7:14). El pueblo de Dios como remanente fiel inauguraba el maravilloso templo no solo dedicaban el lugar para honrar a Dios, sino había en la festividad efervescencia de fe, disposición a la fidelidad, prosperidad, fortalecimiento de la identidad nacional, gratitud, alabanza y adoración a Dios. Pero Dios se le revela a Salomón y le anticipa las circunstancias de una crisis social en que dice: “si yo cerrare los cielos para que no haya lluvia y si mandare la langosta que consuma la tierra y si enviare pestilencia a mi pueblo” (1era. Crónicas 7:13) Dios exhorta a su pueblo preventivamente para futuras disyuntivas.

Dios hace una caracterización que resume toda crisis social como los desastres naturales que provocan improductividad, grandes pérdidas económicas, epidemias que generan enfermedades, deterioro ecológico, pobrezas, guerras, criminalidad, suicidios, etc.

En medio de ésta realidad está su pueblo, los que anuncian las verdades de su luz admirable -pueblo suyo somos oveja de su prado”. Pero a este pueblo Dios le exige: humillación, invocación de su nombre, oración, búsqueda de su rostro y la conversión de sus malos caminos.

Ellos no podían caer en las idolatrías o adoración de humanos, criaturas a pesar de sus logros, construcciones, menos la idolatría de dinero, la ciencia, la tecnología, el poder, la gloria y prestigio humanos. Ellos tenían que señalar a Aquel que da la vida, las capacidades, las visiones. No a esculturas de arena, sino las manos que nos dieron forma, su oración tenía que ser búsqueda de la única fuente de la verdad y poder, tienen que señalar la dirección correcta de donde está la salvación y reconocer de donde vienen las soluciones.

No era mirarse así mismo sino el rostro de Dios, en sus designios y propósitos en cuanto a la imagen y semejanza base impresa de la dignidad de la persona. Era contemplar su majestad, santidad, fidelidad y caminar más y más confiados en sus promesas. “Entonces ...Yo oiré desde los cielos y perdonaré sus pecados y sanaré su tierra”.

Somos pues llamados de nuevo a convertirnos a Jesucristo, algunos teólogos decían a convertirnos al pueblo –pero el encuentro con el Señor, la experiencia con Dios es el acto primero. El que nos encuentra, posteriormente nos envía: ve a los tuyos y compárteles cuan grandes cosas ha hecho Dios contigo. Y nos envía a sus hermanos más pequeños, a los pobres, a través de la mediación de ellos “a mi lo hicisteis”, nos explica son sus preferidos, a ellos es anunciado el Reino como señal de la llegada de Aquel que habría de venir”. El es quien inicia e inaugura el mundo nuevo de Dios, El es quien hace ya todas las cosas nuevas, El es quien hace un mundo nuevo a través del poder de su resurrección, El es la primicia de esa nueva humanidad y por ello nos remite a trabajar en su nombre y garantiza que la continuidad de la realización de todas las cosas descansa la acción del Espíritu Santo el cual nos recordara todas las cosas desde Belén hasta el Gólgota, la mañana de la resurrección y su tumba vacía hasta su retorno en su Santa Parusía.

Y ésta es la base y contenido de la Buena Nueva de que más allá de la vida y de la muerte él ha abierto un camino con su resurrección, porque el ha venido para alegría de la vida, por eso convirtió nuestras culpas en las suyas, por eso quiso que lo perdido fuese encontrado y quiere que el hijo pródigo regrese a casa para ser redimido y restituido. El quiere que los muertos vuelvan a la vida que es retornar a Dios para que los que se sienten basura y heridos en su dignidad y se odian así mismos introyectándose antivalores recobren el rostro, la imagen y semejanza de El.

Debemos saber siempre que El no lleva cuenta de nuestros yerros, caídas y pecados, sólo quiere restaurarnos, para que nuestras luchas, afanes y sueños humanos tengan la simpatía de todo el universo. Su garantía está dada en el que venció la muerte en Jesucristo y a partir de ahí podemos vivir el gozo de su salvación y enfrentar los males que azotan la vida, la pecaminosidad que se estructura en ordenamientos socio-económicos caracterizados por el egoísmo y la avaricia.

Tenemos que recordar que todas las cosas pueden ser redimibles, cambiables y transformables y si bien sabemos que pesa una maldición sobre la ciudad que es su juicio

divino, también sabemos que somos la comunidad potadora de la palabra de Dios y que la ciudad continua porque tiene tales personas en su seno y por nosotros ella misma se convierte en potadora del evangelio “por la bendición de los rectos la ciudad será engrandecida” (Proverbios 11:11). Es por ello que en Jeremías somos llamados a conducir la vida de los otros habitantes de la ciudad a engendrar hijos, a edificar casas y habitarlas, a planta huertos, a comer sus frutos, a orar por su bien y a procura la paz de la ciudad. Porque tal vez como Nínive la ciudad se arrepiente porque Dios la contempla con amor.

Entonces si será posible reencontrar la matriz espiritual que nos lleve a la opción salvadora, liberadora en la nueva situación donde la referencia y modelo del hombre nuevo que buscamos sea esa persona llamada Jesucristo. Solo así podremos tener el suficiente espíritu y capacidad de perdón para cambiar los efectos del pasado recreando relaciones humanas de solidaridad más que matarnos en el agrandamiento de círculos de violencia que no solucionan las diferencias humanas fundamentales ya que sólo el amor al enemigo puede despolarizar la espiral de violencia.

Entonces sí podremos recuperar las esencias pérdidas de nuestro primer amor, pasión y abnegación que hagan posible una nueva calidad de existencia que nos de algo por lo que valga la pena vivir y entonces podremos ofrecer una genuina vivencia cristiana a las nuevas generaciones para que le sirvan de colchón y muro de contención frente a la reproducción del odio de siglos en que hemos vivido.

Entonces lo comunitario como expresión de la trinidad será la base del compartir y no habrá necesidad de confiscaciones para la redistribución de los bienes y recursos naturales donados por Dios para todos por igual.

Nuestra solidaridad será en respuesta al Cristo que vivió, murió, resucitó en nuestro lugar, será la base del darnos nosotros a favor de los demás. La hospitalidad como expresión del amor que comparte tierra, techo y pan testimoniará nuestra aceptación del otro que nos es dado como hermano. La imaginación creadora como fuente de utopías anhelos y sueños fundamentales como la construcción de la paz serán el impulso para nuestra resistencia al mal.

La esperanza como bien social y como ganas de vivir, trabajar y luchar frente al pesimismo, el cinismo, escepticismo y la resignación, descansará en las promesas de un Dios caracterizado por su fidelidad. La credibilidad será condicionante de nuestra unidad y viceversa. La reconciliación más allá de únicos caminos que nos convierten en narcisistas como sectores sociales, gremios u organizaciones se inscribirán en la meta recapituladora de todas las cosas cuando Cristo entregue el reino al Padre. Y la fe como aquello que Dios despierta en nosotros y nos permite visualizar la realidad del reino adveniente del cual ya somos testigos nos llevará a la recuperación y organización de la esperanza de nuestros pueblos desafiados a la búsqueda de alternativas que nos permitan vivir en anticipación el mundo nuevo de Dios que nos llama de adelante.

Estamos entonces afirmando una ética que descansa en el Dios que se hizo hombre, quien nos habilita para a una crítica profética que truene contra un sistema destructor de la vida de los valores, de la subjetividad de la cultura y de todo ser humano, afirmamos una nueva espiritualidad que reviva la memoria del Dios fiel que nos ha acompañado en el pasado y

puede hacerlo en el mañana. Para que podamos lograr que se recobre la confianza perdida frente al desengaño, el desánimo, la atomización y exclusiones, para que se habiliten los imaginarios y se fortalezca el discernimiento de las oportunidades reales que se ofrecen a nuestro pueblo que podamos lograr la conversión de hábitos, actitudes mentales que se vitalicen nuevas concepciones sin caer en idolatrías de ideologías que hasta pretenden ocupar el lugar y sustituir la fe creyente, en fin, una espiritualidad que fortalezca, impulse o cree nuevas alternativas a una sociedad depredadora del planeta, contaminadora del aire y las fuentes de las aguas que amenazan con el envenenamiento de todos los recursos naturales de la creación de Dios. Enfrentar con ese mismo espíritu profético las fuerzas y poderes mundiales de maldad disfrazadas de medidas económicas, ajustes estructurales que quiebran instituciones que articulan la vida de nuestros países, fuerzas que pretenden adoración a través del mercado total haciendo creer que no hay alternativas sino el sometimiento y la adoración a su potencia caracterizada por la fascinación y la seducción siendo reediciones presentes de la tentación a Jesucristo en el desierto, tentación que se prolonga a nosotros hoy. Esta vocación profética conlleva una radicalidad evangélica que no puede transigir con estas expresiones demoníacas estructuradas donde la manipulación de la subjetividad que hace el maligno conduce a las víctimas a legitimar la maldad de los victimarios.